

vocación, sin considerar que no era mi auroidad ilimitada, y que el Dios de bondad y de justicia no exige de nosotros sacrificios violentos, ni aprecia los que se hacen á costa de su ley sacrosanta; mas yo, ciego por el vil interés, me desentendí de estas verdades, sofiqué el continuo clamor de mi conciencia, desprecié los avisos de los hombres de bien, y atropellé con las censuras del concilio, haciéndome á un tiempo odioso al cielo y á la tierra.

Pero ya que el Dios de las misericordias ha querido derramarlas sobre mí con tanta liberalidad, concediéndome el uso de la razón que había perdido, quiero yo corresponder en algún modo á su bondad, y aprovechar estos pocos instantes que me restan.

Conozco mi error, lo confieso, lo detesto, y con lágrimas de mis ojos te pido perdón, hija mía, de los agravios que te inferí. Perdóname, Carlota, perdóname, hija de mi corazón; no te acuerdes que tuviste un padre cruel, ni ceses de rogar á Dios por él.

Fídele también de mi parte perdón al joven Welster, al coronel, al señor Labin, y á cuantos escandalicé con mi mala conducta para contigo.

Perdona asimismo á tu hermana, que fué causa de estas escenas desgraciadas.

Tengo otorgado mi testamento, en el que *te nombro* por heredera de mis bienes. Distribuye el quinto de ellos por tu mano, en beneficio de los pobres, para que Dios perdone mis pecados.

Únete en su santa gracia con Welster, pues no te desmerece, y tú lo quieres. Procura vivir en paz toda tu vida, y si tuvieses hijos, jamás abuses de tu autoridad para violentarlos á que abracen el estado que repugnen.

Dígnate, en fin, de admitir esta carta, como la única satisfacción que puede darte un padre que te ama, y apenas puede respirar. Yo quisiera estrecharte entre mis brazos por última vez; pero conozco tu cora-

zón sensible, y temo que facilitarte este paso sería tal vez asesinarlo con amor. Recibe desde aquí mi postrera bendición: Dios te prospere en tu nuevo estado: Dios dilate tus años en la más perfecta salud: Dios te llene de bienes y de gracia, y te haga feliz eternamente.

Adiós, hija querida, adiós, hija, Carlota, para siempre: recibe en tu corazón el de tu arrepentido padre. *Tadeo.*

Bien se deja entender la conmoción que causaría en todos la lectura de esta carta, especialmente en los interesados. Cada uno manifestaba su dolor, á proporción de la parte que tenía en él. Carlota y Adelaida levantaban sus ayes hasta el cielo: Welster estaba sin moverse, apoyando la frente en sus dos manos: doña Matilde y las demás señoras no podían interrumpir sus sollozos cuando consolaban á Carlota: el coronel y el cura se paseaban en silencio por la sala, limpiándose los ojos cada rato: el señor Labin le dió la carta á Welster humedecida toda con sus lágrimas, y se fué á sentar en un rincón. En una palabra, todos estaban penetrados de la ternura y el dolor.

Este se aumentó vivamente cuando Adelaida, hecha un mar de lágrimas, se arrojó á los pies de Carlota, y abrazándola por las rodillas, entre avergonzada y compungida le decía: ¡Ay hermana de mi alma! yo he sido la causa de tus desgracias y de la muerte de mi padre. Soy una vil, una indigna, que por un ra-tero interés tomé de tí una venganza cruel; pero el cielo me castigó por la mano de nuestro mismo padre. Yo llevaré en mi cara toda la vida las señales de mi maldito proceder; pero las llevaré con gusto si logro volver á tu amistad. Perdóname, Carlota, perdóname, hermana de mi vida.

Era muy sensible Carlota para dejarla proseguir, y así, levantándola á sus brazos, la estrechó en ellos, la besó mil veces en la cara, y, mezclando sus lágrimas

con las suyas, le decía: Cállate por Dios, Adelaida: ya basta: ya todo se acabó: yo jamás he tenido agravio contigo: siempre te he amado, y desde ahora te juro que te he de amar más que nunca.....

Todos los concurrentes se interesaron en separarlas, y cuando á fuerza de llorar calmó un poco la congoja de las dos, dijo el coronel: Ya basta, señoras, ya está bueno; seamos sensibles, pero no nos entreguemos á la pena sin prudencia y sin moderación. No se hable ya otra palabra sobre los pasados agravios; don Tadeo y esta señora han borrado muy bien sus flaquezas con su sincera compunción: ni Dios nos pide más para perdonarnos que un arrepentimiento verdadero.

Por lo que respecta á sentir la muerte de vuestro amado padre, es muy justo; pero ya se ha dado harto desahogo al sentimiento; ahora es menester sostenerse en los motivos que tenéis de consuelo. Advertid que vuestro padre descansa en paz. Esa carta manifiesta una disposición cristiana, y ésta le abrió las puertas del paraíso.

Así lo debemos esperar de la misericordia del Señor. Si no lo hubiera querido para sí, si su condenación hubiera estado decretada, la muerte lo hubiera sorprendido en uno de los accesos de su locura; pero pues Dios le restituyó el juicio y él se previno con tan cristiana disposición, señal es que fué para salvarlo, pues Dios nada hace por acaso. ¡Ojalá que cuantos padres lo imiten en la culpa, tengan el tiempo, los auxilios y la resolución necesaria para imitarlo también en la penitencia!

Así consoló el coronel un poco más á las dolientes, y doña Eufrosina, como era tan obsequiosa, les sacó vino y soletas que les obligaron á tomar.

Los demás señores procuraron variar la conversación con disimulo hasta que lograron serenarlas. Don Dionisio les instó para que aquel día lo acompañaran á comer las dos hermanas, Welster y el Sr. Labin, á

lo que condescendieron gustosos. El coronel no quiso quedarse y así se despidió de todos y se retiró con su familia y el señor cura para su casa.

HIMNO A LA DIVINA PROVIDENCIA

Mano divina, sacra y admirable
del Sér eterno, que con modo sabio
mueves del Globo la pesada mole
sobre el sol mismo sin ningún trabajo.
Omnipotente mano, á cuyo impulso
obedecen los vientos y los rayos,
su ímpetu el mar detiene, y las estrellas
giran con los planetas y los astros.
Mano augusta del Fuerte, que mantienes
á tus leyes sujeto lo que has criado
con tanta perfección y con tal orden
cuanto los hombres todos admirados.
¿Qué mortal es capaz, qué inteligencia
de las que en torno vuelan á tu lado
de conocer tus altas providencias,
ni penetrar tus íntimos arcanos?
¿Quién alzar osará de tu grandeza
la extremidad del velo sacrosanto?
¿Ni el gabinete oculto de tus obras
registrará blasfemo y temerario?
¿Ni quién de tus piedades infinitas
podrá alabar en himnos ajustados
el torrente que inunda á tus criaturas
como en un dulce dilatado caos?
Tú divides benéfica los tiempos,
en estaciones distinguiendo el año,
y los rigores del invierno triste

compensas liberal en el verano.
 Tú en verde caña cuajas la mazorca,
 tú doras las espigas en el campo,
 tú las frutas endulzas y tú vistes
 de esmeraldas los montes y los prados.
 Tú haces que entre las peñas se cultive
 la plata, el oro, el hierro y el estaño,
 y allí les das los brillos y reflejos
 al rubí, al amatista y al topacio.
 Tú abrigas al cordero con su lana,
 tú armas la garra del feroz leopardo,
 tú pintas al alegre pajarillo
 de plumas mil y de colores varios.
 Tú haces vivan gustosos en las ondas
 el delfín, tiburón y ballenato,
 y en los cristales de la mar cerúlea
 del pez mantienes número tan vasto.
 Tú... pero, ¿á dónde voy? ¿será posible
 que atrevido, soberbio ó insensato
 presuma referir tus maravillas
 ni señalar las obras de tu mano?
 Tú eres el Dios eterno, incomprensible,
 la bondad suma. Santo, Santo, Santo.
 Fuente de la piedad y la dulzura
 y el absoluto dueño de lo criado.
 Tú me criaste, Señor, tú eres mi Padre,
 aun antes de existir ya me has amado:
 á ti debo la vida que respiro
 y este renglón escribo por tu agrado.
 ¡Oh, fe divina, luz que me consuelas!
 ¡Oh, Religión, iluminante rayo
 de la Deidad sagrada que me animas
 en mis mayores penas y trabajos!
 Conque ¿tú eres mi Padre, Dios eterno?
 ¿mi Criador, Redentor y único amparo,
 y vela sobre mí constantemente
 tu cariñoso amor y tu cuidado?

Sí, mi Dios, es verdad, yo lo conozco,
 y cuando á agradecértelo no basto,
 entonará tus dignas alabanzas
 mi ronca voz, mi balbuciente labio.
 Tú de la nada al ser me conduciste
 por un efecto de tu amor sagrado,
 y por el mismo, de tu santa Iglesia
 quisiste que naciera en el regazo.
 Si repaso mi vida, la contemplo
 rodeada de enemigos inhumanos,
 como la navecilla que agitada
 lucha en las ondas con los vientos bravos.
 ¡Cuántas veces la saña de algún toro,
 el ímpetu indomable de un caballo,
 ó ya de mi enemigo la venganza
 pudo darme la muerte sin pensarlo!
 ¡Cuántas veces siguiendo divertido
 la carrera veloz de algún cervato
 pude haber encontrado el precipicio
 deslizándome fácil de un peñasco!
 ¡Cuántas veces las aguas do solía
 buscar por mi salud el útil baño,
 pudieron darme líquido sepulcro
 en pago de mi arrojo temerario!
 Cuántas veces... Mas ¡ay! yo me fatigo
 recordando mis riesgos, yo me canso;
 baste sólo decir que de ellos libre
 he sido por la fuerza de tu brazo.
 Así lo reconozco agradecido;
 tú todo lo dispones, no hay acaso;
 tus designios adoro, pues tú mandas
 se mueva la hoja frágil en el árbol.
 Pues siendo esta verdad tan infalible,
 si sé que todo viene de tu mano
 y que me amas, Señor, ¿por qué motivo
 en las adversidades yo me abato?
 ¿Por qué hacia el mundo solamente miro

y mi débil espíritu lo arrastro,
 si eres mi protector y mi refugio,
 y en tí mis ansias hallarán descanso?
 Huyan lejos de mí las aficciones,
 la congoja, el temor y sobresalto,
 si se levanta el Todopoderoso
 en mi defensa, de su trono sacro.
 Si á mi lado se pone el invencible
 y su escudo me cubre soberano,
 no temeré mil males, pues seguro
 estaré siempre de que me hagan daño.
 Desplómense los cielos de sus ejes,
 trastórnense los montes y peñascos,
 vuélquese el mar, inflámense los vientos
 y en negra tempestad vomiten rayos.
 Yo todo lo veré tranquilamente,
 impertérrito siempre y sin espanto,
 si me hacen sombra las sagradas alas
 de tu misericordia, Padre amado.
 Sobre el áspid y el fiero basilisco
 andaré alegre con sereno paso,
 y pisaré sin miedo el león soberbio
 y del dragón sangriento no haré caso.
 Me reiré de los fraudes y tropiezos
 que pretenda ponerme el hombre malo,
 porque si tú me ayudas, fácilmente
 yo desharé sus redes y sus lazos.
 Más, si por mis pecados, tú quisieres
 que padezca en la cama los asaltos
 de cruel enfermedad, ó la pobreza
 me devore con lánguidos atrasos,
 si quieres, Padre, sufra los rigores
 ya de la esposa infiel, del hijo ingrato,
 del enemigo cruel, del vil amigo,
 del pérfido traidor, del mal hermano,
 si quieres me atropelle la calumnia
 y que mi honor lo mire vulnerado,

que una triste prisión ó que la muerte
 den fin á un infeliz... ¿he de rehusarlo?
 De ninguna manera, antes mi gusto
 conformaré contento á tu mandato;
 sólo te pido que me des esfuerzo
 para apurar un cáliz tan amargo.
 Sí, castiga, Señor, mis desaciertos,
 pero alienta mi espíritu postrado,
 y ya fortalecido con tu ayuda
 me arrojaré confiado entre tus brazos.
 Sí, yo confesaré que los castigos
 son voces del Pastor á su rebaño,
 y si das el azote como Padre
 no os puede menos que doler la mano.
 Castígame, Señor, no me abandones:
 redúceme al redil á latigazos,
 pues si yo te ofendí, ¿con qué derecho
 me pretendo eximir de los trabajos?
 Dame resignación y vengan penas,
 mi espíritu avalora desmayado,
 y entonces las miserias y dolores
 me serán apacibles, suaves, gratos.
 En fin, quema, Señor, aquí castiga,
 oprime, corta y hazme mil pedazos...
 "*Hic ure, hic seca, ut in aeternum parcas*",
 como allá me perdones, dueño amado.

FABULAS

IV

LA ARAÑA Y EL GUSANO DE LA SEDA

A un gusano de seda que vivía
 dentro de una morera muy hermosa
 una araña decía:
 Soy una tejedora primorosa,

hago ruedas, florones,
y otros bellos dibujos á millones,
y no te cansarías
de alabar que en solos cuatro días
con mis industrias raras
tejo una tela de catorce varas.
—De tal trabajo, respondió el gusano,
la corta duración no me acomoda.
—Ese es un miedo vano.
¿No ves que yo trabajo de la moda?
(la araña contestaba)
Y aunque es verdad que en un instante acaba
mi afán, á otro infructuoso,
yo buena vida gozo
á costa de mis telas;
y no tú, que te afanas y desvelas
hilando con constancia
sin esperar más premio que la muerte.
—Parece una ignorancia,
—dijo el gusano—pero si se advierte,
en general los hombres aprovechan
lo que mis fauces echan.
—Cierto; mas ¿qué dijeras,
—decía la araña—si á tus ojos vieras
hacer de sus entrañas
á esos hombres que citas, telerañas,
que llaman ellos, puntos, muselinas,
encajes ó velillos
y otras mil telas finas,
firmes cuales ya ves son mis hilillos?
Pues así lo hacen—dijo—y te aconsejo,
si tienes gana de llegar á viejo,
que trabajes para hoy, asegurado
que ya tendrás el premio de contado,
pues este mundo loco
la moda aprecia más que dure poco.

HIPOCRATES Y LA MUERTE

Viejo loco, insolente,
que quieres prolongar eternamente
de los hombres la vida
en virtud de tu ciencia encarecida.
¿Cómo te atreves, dí, so mentecato,
sin juicio ni recato
á usurpar mi dominio
pretendiendo librar del exterminio
á todos los mortales
curándoles sus lacras y sus males?
¿No adviertes, necio, que por varios modos
morirán los humanos, todos, todos,
cuantos la luz miraren
y el aire que respiras respiraren?
Sábetete que no hay ciencia
que los pueda eximir de esta sentencia.
Así reconvenía
á Hipócrates la muerte cierto día,
y este apreciable griego,
temblando desde luego,
á vista de la muerte,
así la dice:—Gran señora, advierte
que jamás he intentado
lo que has imaginado.
Sé que es justo y debido
que mueran todos pues que ya han nacido;
pero es mi corazón hartó sensible,
y así me es insufrible
ver padecer, señora,
al mísero mortal, que á un tiempo ignora

el mal de que adolece
y el remedio oportuno; aunque apetece
tal vez lo que le daña y perjudica,
con lo que más y más se mortifica.
Tratando de curarles sus dolencias
apliqué mis desvelos y experiencias,
mis estudios, mis años,
para proporcionarles desengaños
con que alivien sus males,
sin pretender hacerlos inmortales.
Esta, señora, mi intención ha sido
y ya veréis que en nada os he ofendido.
—Es muy verdad que no—la muerte dijo:—
el estudio prolijo
que por ellos has hecho
por hoy les servirá de algún provecho;
pero mil ignorantes
vendrán sin duda en siglos muy distantes,
que armados de sistemas y opiniones,
torcerán tus renglones
y harán mil barbarismos
interpretando mal tus aforismos,
cuyos yerros fatales
de los enfermos crecerán los males,
pues en vez de curarlos
me ahorrarán el trabajo de matarlos.
El gozo me resalta
al pensar que do estén yo no haré falta;
de suerte que, en mi juicio,
tú me acabas de hacer un gran servicio,
pues con lo que has escrito y estudiado
creo que me has reclutado
á tu pesar, millones
de necios y matones,
los que se llamarán, si bien se advierte,
queridos aprendices de la muerte.
Dijo ésta, fuése, y el vejete griego

escribió con su llanto el cuento luego;
bien que en él no comprende
al hábil profesor, ni al que lo entiende.

VIII.

EL GATO Y EL RATON.

Michirrimau, un gato marrullero,
espiaba un ratón en su agujero;
el que, como seguro se miraba,
de hito en hito al gatazo contemplaba;
metía éste la mano de repente
por si acaso pillaba buenamente
al ratón infelice,
y viendo que no puede, así le dice:
—Vaya, dame la mano:
te sacaré á pasear, querido hermano,
en tí ninguno piensa;
te llevaré á visita á la despensa,
y allí te pondrás liso
de queso, de jamones, de chorizo,
de dulces, de cecinas,
y de otras infinitas golosinas.
Ya tú verás, amigo, que te quiero,
y que me pesa verte en tu agujero,
tan mozo, hecho hermitaño.
¡Eh! vamos: saca el vientre de mal año
ahora que la fortuna te convida
con una mesa rica y bien servida.
—Señor don gato, estimo sus favores;
pero tengo indispuestos los humores,
y el médico me dice coma poco.

—Ese médico es loco:
 si pensara con juicio,
 á fé que te ordenara el ejercicio,
 que, cuando bien se aplica,
 él solo cura más que la botica.
 ¡Eh! vamos, sal, no vivas encerrado,
 y verás cómo vuelves aliviado.
 —Pues la verdad no puedo,
 le responde el ratón. —Me tienes miedo.
 Se te conoce, y tienes mil razones;
 pero á mí no me gustan los ratones.
 Cuando era mozo me empaché con ellos,
 y de entonces acá no puedo vellos.
 Cree, pues, lo que te digo,
 y sal, seguro de que soy tu amigo,
 que aunque me ves con uñas bien armado,
 no soy yo gato mal intencionado.
 Sal, pues, hijo, seguro
 de que te quiero bien y te lo juro.
 —Si no te conociera,
 dijo el ratón, saliera;
 pero ya te conozco, mentecato.
 ¿Cómo no has de ser malo, si eres gato?
 Te comiste á mi padre;
 lo mismo hiciste con mi pobre madre,
 y á manotazos crueles é inhumanos
 te almorzaste una vez mis dos hermanos,
 al mayor y al más chico;
 mas yo no te daré por el hocico.
 Que si de mi familia yo he quedado
 solo, por tí, ya estoy escarmentado.
 Siempre habré de tener por muy dichoso
 al que hace el mal ajeno cauteloso.
 Esto dijo un ratón que era prudente.
 ¡Oh, si pensara así toda la gente!

 EL PERRO GRANDE Y EL CHICO

Una amistad, una confianza estrecha
 es lícita entre iguales, y con tiento;
 mas nunca con los grandes aprovecha:
 con ellos pierde el chico. Va de cuento.

Un perro grande jugaba
 con un chico cierto día,
 y éste al perrazo mordía
 seguro de que chanceaba.

Lo desigual olvidaba,
 y en una de estas mordió
 recio al mastín; le dolió
 á éste acción tan atrevida,
 y le dió una sacudida
 que la vida le costó.

 EL HERRADOR Y EL ZAPATERO,

¡Ah, Señor herrador!—So zapatero,
 indecente y grosero,
 tenga más cortesía;
 señor don herrador para otro día.
 ¿No echa de ver el mísero malcriado,
 que su oficio es tan vil, como el mío honrado?

—Señor, en mi conciencia
 no encuentro yo ninguna diferencia,

salvo sólo los nombres,
entre ser zapatero de los hombres
ó calzador de bestias.—Mentecato;
¿Qué va que la nariz te desbarato?
¡Qué! ¿Piensas, insolente,
que se puede con sólidas razones
esta destruir y mil preocupaciones
que los hombres abrazan tenazmente?
—Cierto que es disparate, no replico,
respondió el zapatero, y calló el pico.

XXX

EL MARTILLO Y EL YUNQUE.

¿Por qué yo he de sufrir constantemente
los golpes que me das sin miramiento,
cuando nacimos hijos de una madre,
y á tí y á mí de un fierro nos hicieron?

Así el yunque al martillo se quejaba;
pero éste le responde con talento:
—Ni tú debes quejarte de tu suerte,
ni yo debo jactarme de mi empleo;
de una materia somos, es muy claro,
y ambos á dos hechura de un herrero:
sabe más que nosotros sin disputa
y respetar debemos sus aciertos.

Tú para mazo fueras muy pesado,
yo para yunque fuera muy pequeño;
y él, á más de otras causas que yo ignoro,
nos ha dado la forma que tenemos,
para que le sirvamos igualmente
en los destinos que ocupar podemos.

—Así es, y convencido me ha dejado,
hermano, tu discurso. No me quejo
ni me quejaré más de mi destino,
antes lo serviré siempre contento,
pues soy útil en él, y como dices,
ambos somos hechura de un herrero.

¡Oh, qué yunque tan dócil! ¡qué martillo-
tan justo en sus palabras y discreto!
Yo os elogiara más si contemplara
que los hombres siguieran vuestro ejemplo,
conformándose todos con su suerte
y adorando del cielo los decretos.

XXXI

LA HORMIGA Y EL ELEFANTE

Que á un elefante fuerte
un bravo león matase
ó algún tigre feroz despedazase,
fácil es, si se advierte;
mas que se diera traza
de privar de la vida á tal bestiaza
una débil hormiga,
esto no se ha de creer aunque se diga;
parecerá quimera,
pero ello es que pasó de esta manera:
no sé si de pensado ó de accidente
un elefante un día
á una infeliz hormiga pisaría;
ello la lastimó muy gravemente;
la pobre se quejaba

y el elefante entonces la insultaba
 con picantes razones
 diciéndola denuestos á millones;
 y fuese al fin dejando
 á la infeliz hormiga renegando
 y ofreciendo colérica y sangrienta
 vengarse de la bestia corpulenta,
 la que sólo reía
 de cuanto el insectillo le decía;
 pero éste, adolorido,
 lo siguió con paciencia
 hasta que á su presencia
 el elefante se acostó rendido
 de un sueño tan profundo
 cual si no hubiera hormigas en el mundo.
 La trompa, sin recelo,
 la desarruga, tiende por el suelo.
 y duerme alegremente.
 Entonces la hormiguilla sutilmente
 por la nariz nerviosa
 corriendo se introduce
 hasta do la conduce
 su venganza cruel, y allí furiosa
 con su débil tenaza
 muerde, le aguija, hiere y despedaza
 la ternilla sensible
 de aquel monte animado tan temible,
 quien al sentirse herido
 despierta, da un bramido,
 se levanta, despliega
 la trompa y la refriega
 por doquiera que andaba.
 Entre tanto, la hormiga no cesaba
 de su intento primero
 de hacerle en la nariz un agujero.
 Toda su fuerza aplica
 con un tesón constante

contra el pobre elefante
 á quien hiere, maltrata y mortifica
 con ahinco tan cruel y desusado
 que ya desesperado
 el elefante triste
 á trompazos los árboles embiste,
 dándose golpes tales
 que en breve tiempo se hizo dos canales
 por donde le salía
 en arroyos la sangre; ni podía
 más golpes sacudirse
 el infeliz herido,
 y ya desfallecido
 hubo al fin á la muerte de rendirse.
 Exangüe cayó al suelo.
 Entonces la hormiguilla sin recelo
 salió de la nariz ensangrentada,
 y viéndose vengada,
 le decía: A ninguno
 debemos agraviar de modo alguno,
 y á los hombres en ti yo bien enseño,
 que ningún enemigo es tan pequeño
 como una hormiga coja
 para tomar venganza si se enoja.

 XXXVIII

EL MONO VANO

Uu mono presumido
 que en gran casa se crió
 para la sierra huyó
 de todos sus trapillos prevenido.

Se presentó á los monos
 haciendo cortesías,
 con dos mil monerías
 y hablando con ridículos entonos.
 A la primera vista
 los monos se aturdieron.
 ¿Quién será éste? dijeron:
 ¡Júpiter con sus rayos nos asista!
 Mas poco á poco el susto
 se les fué disipando,
 se fueron acercando
 y lo reconocieron á su gusto.
 ¿Qué es esto, compañero?
 un mono le decía,
 y el vano respondía:
 Tratarásme otra vez de caballero.
 Advierte, desdichado,
 que de la mona gente
 soy yo mu y diferente
 porque soy hábil, rico y bien plantado.
 En medio de este entono
 hizo cierta cabriola,
 se le salió la cola,
 y todos le dijeron: Eres mono.
 Eres mono, aturdido,
 y mono como todos,
 aunque por raros modos
 te quieres disfrazar con el vestido.
 Con este desenfado
 lo mismo diría yo
 al rico que creyó
 que no es igual al pobre desdichado (1).

(1) Esencialmente todos somos iguales, y por esta razón nadie debería envanecerse sobre los miserables, creyéndose de masa distinta que ellos, ó, á lo menos, procediendo como si lo fueran. Las distinciones que da la nobleza, el talento y todo mérito, son justas, pero también accidentales: como se hallan en Pedro pudieran hallarse en Juan. Por tanto á nadie autorizan para ensoberberse olvidando sus principios. Esto es lo que moraliza la fábula.

De un padre descendemos,
 mil pasiones sentimos,
 enfermamos, morimos
 todos, y ser iguales no queremos.